

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

17/2014

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Sánchez Rubio, Rocío – Testón Núñez, Isabel, *Lazos de tinta, lazos de sangre. Cartas privadas entre el Nuevo y el Viejo Mundo (siglos XVI-XVIII)*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2014
(Jesús M. Usunáriz)
pp. 234-238



Universidad
de Navarra

Sánchez Rubio, Rocío – Testón Núñez, Isabel, *Lazos de tinta, lazos de sangre. Cartas privadas entre el Nuevo y el Viejo Mundo (siglos XVI-XVIII)*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2014. 283pp. ISBN 978-84-7723-577-4. 23€.

Capítulo 1. Estudio introductorio. 1.1. Cartas de familia. 1.2. A través del Océano. a) La correspondencia privada de la familia Espadero Paredes. b) La correspondencia privada de los Moral Beristain y Juan Antonio Blázquez. Capítulo 2. Los Espadero Paredes. 2.1. Un matrimonio entre iguales. 2.2. Las estrategias de reproducción social. a) El apoyo de la primogenitura. b) El poder de los bienes vinculados. c) La carrera eclesiástica. d) El camino de las Indias. e) El excedente celibatario. 2.3. Un balance desigual. a) De nuevo la primogenitura. b) La suerte del indiano. b.1) Aunque no hacía nada por mi, su sombra llegaba hasta acá. b.2.) Quien quiere, tarde olvida. Capítulo 3. Una familia creada por la emigración: los Moral Beristain y los Blázquez de Cáceres. 3.1. Para pagar empeños. 3.2. Dos familias de la primera estimación. 3.3. El retorno del indiano. 3.4. Dos familias de igual tamaño en la cercanía. Capítulo 4. Índice de cuadros. Capítulo 5. Fuentes. Capítulo 6. Las cartas privadas. 6.1. Normas de transcripción paleográfica. 6.2. Las cartas de los Espadero Paredes. 6.3. Las cartas de los Moral Beristain y los Blázquez de Cáceres. Capítulo 7. Árboles familiares.

Como bien señalan las autoras la correspondencia privada, a pesar de la dificultades de acceso, se ha convertido en una «fuente revelación», de tal forma que «las cartas privadas han servido para enriquecer los análisis históricos transformándose también en documentos de interés para las distintas disciplinas sociales» (pp. 13-14).

Para este libro Sánchez Rubio y Testón Núñez han analizado dos conjuntos epistolares conservados en el Archivo del Real Monasterio de Guadalupe (Cáceres), nacidos como consecuencia de la emigración: las cartas de Álvaro Paredes, segundón de una familia hidalga, que marchó a México en 1580 y que mantuvo correspondencia con sus parientes de Cáceres; y la de Juan Antonio Blázquez, primogénito de una familia hidalga, con grandes deudas y dificultades. Este viajó a Nueva España en 1708 y, tras su regreso a tierras extremeñas, mantuvo una estrecha relación epistolar con sus parientes en el nuevo continente.

Pero el libro ofrece mucho más que una meritoria y útil transcripción de ambas colecciones epistolares. Las investigadoras, apoyadas en la consulta de un buen número de archivos y fuentes dispersas — Archivo Histórico de Protocolos de Cáceres, del Archivo Diocesano de Cáceres, Archivo General de Indias, Archivo Histórico Nacional de Madrid o Archivo General de la Nación de México, etc. — dedican los capítulos 2 y 3 a la reconstrucción documental de estas fami-



lias y aportan un material de gran interés para entender —en una inteligente combinación de tipos documentales— las estrategias familiares, las ambiciones, frustraciones y esperanzas personales de sus protagonistas, inmersos en unos contextos históricos y sociales concretos.

Las trayectoria de la familia Espadero Paredes (capítulo 2) se inicia con «el matrimonio entre iguales» de Gonzalo Martínez Espadero, de Cáceres, y Estefanía Paredes; él, poseedor de un patrimonio considerable; ella, con importantes lazos con las principales familias de Trujillo. El patrimonio de la pareja fue incrementado con el paso de los años, resultado de diferentes legados —que convirtieron a Gonzalo en el heredero universal del patrimonio familiar—, y al buen uso y gestión de los bienes vinculados. La pareja tuvo once hijos, ocho de los cuales llegaron a la edad adulta, lo que también utilizaron —gracias también a la buena formación que recibieron— para reforzar su patrimonio, a través de unas claras estrategias de reproducción social. De esta forma, dieron un especial apoyo al primogénito, Gutierre, el cual, tras su matrimonio con una acaudalada viuda de Alcántara, recibió la donación de la mayor parte de los bienes familiares. El segundo hijo, Álvaro, estaba destinado a la carrera eclesiástica, pero renunció a ella en 1579, en beneficio de su hermano, García y tras, la muerte de este, de Juan, los cuales pudieron mantenerse gracias a la congrua de las capellanías fundadas por sus antepasados; aunque todo se vio malogrado por la muerte de ambos.

Álvaro por su parte, emprendió la carrera de Indias en 1580, una aventura en la que la familia ya tenía una larga tradición, pues a América habían marchado también otros antepasados e incluso otro de sus hermanos, también llamado Juan. En Nueva España, y gracias al capital relacional del linaje —especialmente su tío, Alonso Martínez Espadero, miembro del Consejo de Indias, y el doctor Sande, amigo de la familia y fiscal de la real audiencia de México—, Álvaro, bachiller, ingresó en la función pública, primero como repartidor de indios y después como alcalde mayor. Sin embargo, la elección voluntaria de Álvaro, abandonando el plan que sus padres habían trazado para él, supuso su exclusión de las estrategias sobre la herencia material familiar, aunque contó con la ayuda económica de sus padres y, sobre todo, con la herencia inmaterial que supuso el capital relacional de sus padres y hermanos para emprender su camino. Del resto de los hermanos, dos hijas permanecieron solteras, pero ayudaron notoriamente a una buena gestión de la hacienda familiar. Gutierre y Álvaro fueron los únicos que se casaron —el primero dos veces—, pero solo Gutierre, y su descendencia, pudo disfrutar del patrimonio familiar, pues por la muerte de sus hermanos logró heredar la mayor parte de los bienes.

Álvaro, por su parte, quedó al margen, en beneficio de una estrategia que primaba, ante todo, la protección de la primogenitura. Además, Álvaro pasó tiempos difíciles, «mi necesidad —escribe Álvaro en una de sus cartas—, pasa de la raya», especialmente tras la muerte de su tío Alonso y la marcha de sus

otros valedores, lo cual le privó de las redes clientelares necesarias para lograr la provisión de oficios e incluso para conseguir un buen matrimonio. No obstante, en 1591, gracias al «capital simbólico» de su origen familiar y de sus apellidos, se casó con doña Beatriz de Sotomayor, cuyo hermano era relator de la Real Audiencia de México. Esto le permitió acceder de nuevo a nuevas provisiones y mercedes, entre ellas el cargo de corregidor, y, con ello, se benefició de una estabilidad económica y de un estatus social aceptable. Lo que demuestra, como señalan las autoras «el enorme peso que en la sociedad del periodo moderno tuvo la perdurabilidad de los vínculos parentales y sanguíneos en la proyección personal de los individuos» (p. 88).

Sin embargo su vida no se vio libre de fluctuaciones, precisamente por la pérdida, en determinados momentos, de esos vínculos clientelares influyentes. Álvaro, en América, y tras su matrimonio, reprodujo algunas de las estrategias familiares que habían utilizado sus padres, con los seis hijos que le sobrevivieron: sensibilidad hacia la instrucción y educación de sus vástagos y especial atención a la primogenitura, orientada a seguir los pasos paternos.

Cuando en 1701 moría el hidalgo don Luis Antonio Blázquez (capítulo 3), la situación económica familiar era muy difícil. En su testamento cargó los empeños de su mayorazgo —propiedad modesta de una familia que comenzó su ascenso social en el siglo XVI— a su hijo primogénito, Juan Antonio Blázquez Cáceres y Mayoralgo, que quedó al cargo de su madre y de tres hermanas solteras. Para salir del atolladero, Juan Antonio, tras un fracasado intento de acceder al servicio militar, optó por otra salida, la de probar suerte en las Indias, al igual que habían hecho otros antepasados suyos con escasa fortuna. Se embarcó en 1708, acompañando como mayordomo a un pariente suyo, el doctor Pedro Nogales Dávila, nombrado obispo de Puebla de los Ángeles. Allí, Juan Antonio se ocupó de la administración económica del obispado, y, gracias a los contactos familiares, contrajo matrimonio en 1721 con Ana Paula del Moral, hija de un rico hacendado de la familia Moral Beristain.

Asentado en la ciudad de Tehuacán, muy bien integrado en la familia de su esposa, se dedicó a la actividad comercial, y tuvo tres hijos. Cuando su esposa Ana Paula murió en 1729, Juan Antonio decidió volver a Extremadura con los dos hijos que sobrevivían, en 1733. Un naufragio en la flota, obligó a Juan Antonio y a sus hijos a permanecer varios meses en Cuba, desde donde escribió y recibió cartas de sus parientes mexicanos y también de su hermana mayor soltera desde Extremadura. Ya en la península, Juan Antonio mantuvo una intensa correspondencia —hasta su muerte en 1748— con sus cuñados, especialmente con Domingo, eclesiástico y alguacil mayor de la Inquisición de México —ambos llegaron a formar «una especie de compañía mercantil» con una intensa actividad comercial—, y con Juan, con quien colaboró en la realización de las largas gestiones necesarias para la fundación de un convento y hospicio de la orden carmelita en Tehuacán, proyecto en el que se habían volcado los padres

de Domingo y Juan y que no vería la luz hasta muy avanzado siglo XVIII. Buena parte de la correspondencia entre Juan Antonio y sus cuñados se centró en este tema. También cruzó cartas con otros dos de sus cuñados, que habían contraído matrimonio y se ocupaban de sus haciendas.

En 1734, moriría su hijo Luis, y solo sobrevivió su hija, María Justa, para la que gestionó, en 1742, —con el consejo epistolar de sus cuñados—, un ventajoso matrimonio con el hidalgo Matías Jacinto Marín Bullón, caballero de Santiago, cuya acaudalada familia estaba bien relacionada con la corte. Desde Cáceres Juan Antonio mantuvo su actividad comercial. Con esta, y con los caudales que había logrado en México, realizó inversiones en censos, compró bienes raíces y muebles y finiquitó las deudas que había dejado su padre, muerto 33 años antes. El matrimonio de su hija María Justa con Matías le proporcionó unos estrechos lazos con la familia Marín. De hecho cuando, el hermano de Matías, Isidro Marín León, fue nombrado obispo de León en Nicaragua, fue recibido en México, en Tehuacán, por los Moral y, ya por entonces, ambas ramas comenzaron a pergeñar el plan de conseguir un título nobiliario para Matías y su esposa. La joven pareja fue acumulando durante varios años un gran patrimonio, gracias a diferentes herencias. Años después de la muerte de María Justa (1752), Matías lograría, en 1762, el título de marqués de la Isla, con lo que se colmaban las ambiciones familiares de Juan Antonio Blázquez y los suyos.

El libro se completa (capítulo 6) con la transcripción de un centenar de cartas —43 de la familia Espadero Paredes y 60 de los Moral Beristain y los Blázquez de Cáceres— y unos cuadros genealógicos, siempre en útiles en este tipo de trabajos.

Ciertamente no se ha conservado toda la correspondencia. A pesar de demostrar (capítulo 1) que hubo un intercambio fluido de noticias, las dificultades de la navegación o las dimensiones del nuevo continente hicieron difícil, muy difícil, esta fluidez. Sin embargo ambas familias supieron utilizar y aprovecharse de los medios existentes, utilizando todas las posibilidades y todos los mecanismos a su disposición: flotas, navíos de aviso, elección de viajeros y valijas de confianza, el «portador cierto», duplicación de la correspondencia... lo que no evitó que las cartas tardaran una media aproximada de seis meses en llegar a su destino, aunque el paso del tiempo y las mejoras administrativas y de organización naval facilitaron el intercambio de los correos.

Cabe preguntarse, como hacen las autoras (capítulo 1) el porqué de la conservación de estas dos correspondencias. En gran parte se debe a que fueron un instrumento utilizado en por estas familias bien para «la negociación de las legítimas, tanto paterna como materna», bien para mantener una fructífera red relacional, bien para diseñar los intereses económicos del linaje, al convertir las cartas «en vehículo transmisor de voluntades» (p. 28).

Pero no solo fueron solo negocios o intereses económicos. Las cartas de los Espadero Paredes, por ejemplo, «son epístolas de familia, llenas de noticias que

RECENSIONES

importan en el plano de lo sensible y de los afectos, es decir, son cartas que se escriben parientes que se quieren» (p. 25). Son cartas donde los afectos entre los familiares —e incluso hacia el servicio doméstico— salen a flor de piel; donde, se narran los avatares personales, las expectativas profesionales, los matrimonios, las esperanzas en los hijos y su futuro o la pena la muerte de los más cercanos. Y en donde la añoranza siempre está presente.

En definitiva, estamos ante una publicación de gran interés por las fuentes utilizadas, por la correspondencia transcrita — «lazos de tinta»—, y por una reconstrucción familiar, que nos muestra, a partes iguales, estrategias y anhelos, y, sobre todo, unos resistentes «lazos de sangre».

Rocío Sánchez Rubio e Isabel Testón Núñez son profesoras de Historia Moderna en la Universidad de Extremadura. Rocío Sánchez ha publicado diversos trabajos sobre la emigración extremeña al Nuevo Mundo. Isabel Testón ha centrado su investigación en la historia social y de las mentalidades. Ambas forman parte del grupo de investigación GEHSOMP, «Grupo para el estudio de la historia social en el occidente moderno peninsular». Han publicado conjuntamente diversos trabajos sobre cartografía histórica, *Imágenes de un imperio perdido: el atlas del marqués de Heliche. Plantas de diferentes plazas de España, Italia, Flandes y las Indias*, (Mérida, 2004) (con Carlos M. Sánchez Rubio) o *A memoria ausente. Cartografía de España y Portugal en el Archivo Militar de Estocolmo (siglos XVII-XVIII)* (Badajoz, 2006) o el catálogo de la exposición *Cartografía de un espacio en guerra. Extremadura (1808-1912). Exposición* (Badajoz, 2008). También han centrado su investigación en los estudios sobre correspondencia familiar como *El hilo que nos une. Las relaciones epistolares en el Viejo y el Nuevo Mundo (siglos XVI-XVIII)* (Badajoz, 1999).

Jesús M. Usunáriz
Universidad de Navarra

